

en silencio al escuchar su voz. El mar embravecido le obedece y sosiega sus olas tumultuosas¹. No hay fuerza en toda la naturaleza que le sea incontrastable. ¿Qué son los milagros infinitos, estupendos de Jesús, atestigüados por millares de testigos de vista, sino otros tantos lampos de su soberana omnipotencia? Todo lo puede, en hecho de verdad; quien abre los ojos á los ciegos de nacimiento, los oídos y la boca á los sordomudos, los oscuros sepulcros á los muertos de cuatro días... Todo lo puede sin duda quien convierte el agua en vino con sólo quererlo, sin estrépito ni aparato alguno, quien con sólo cinco panes bendecidos por su mano alimenta hasta dejarlos hartos á cinco mil hombres y otras tantas mujeres y niños sentados sobre la hierba del desierto. Todo lo puede evidentemente quien extiende su poderío hasta los seres que pueblan los abismos, y los obliga con sólo su mandato á abandonar la presa que han hecho en los cuerpos humanos. En fin, para mostrar su omnipotencia verdaderamente divina, Jesús comunica á sus discípulos el poder de hacer prodigios en su nombre, no sólo iguales, sino aun mayores que los que él mismo ejecuta². ¿No es Dios el que tal hace?

10. Jesús no sólo posee la verdad, toda la verdad, sino que (¡cosa propia de Dios!) *es la verdad: Ego sum... veritas*³. Él lo ha dicho; y ¿quién se ha atrevido á decir otro tanto antes ó después de él? Y nosotros sabemos, como el Evangelista, que su dicho es verdadero⁴. Afirmar, pues, que es la verdad, la verdad absoluta, primera y sustancial, es tanto como afirmar

¹ Marc. 4, 40.² Io. 14, 12.³ Io. 14, 6.⁴ Io. 19, 35.

que es Dios. Y Jesús lo ha demostrado con los efectos de su venida al mundo; porque, como dice San Juan, él es el que ilumina á todo hombre que, entre tinieblas, va camino de la eternidad¹. *Yo soy la luz del mundo*, dijo también Jesús²; y, en efecto, la verdad es la antorcha que disipa las sombras del espíritu. Detrás del Calvario, en la sociedad antigua, no obstante las famosas y admiradas civilizaciones de Grecia y Roma, no hay, en materia religiosa y moral, sino densa ignorancia en las masas, opiniones y dudas en las célebres academias, groseros errores en las más culminantes inteligencias. Hoy mismo, fuera de Jesús, esto es, de su doctrina, rechazada por la necia presunción de los que se llaman sabios, ¿qué hay sino antiguos y degradantes errores, exhumados de las escuelas paganas, y extravíos nuevos en las nuevas rutas que intenta abrir para descubrir la verdad la ciencia atea ó panteísta? ¿Dónde está, pues, la verdad? Desengáñese el hombre de una vez: la razón humana no la hallará completa y pura, si se empeña en buscarla fuera de Jesús. Dios, el hombre mismo, el universo, son y serán siempre indescifrables enigmas, á pesar de los multiplicados inventos, para quien se obstine en cerrar los ojos á la luz que brota del nombre de Jesús.

11. Jesús es la santidad por excelencia. No hay quien pueda negarlo, así como no lo hay que sea capaz de argüírle de pecado³. Él es el santo entre los santos, porque, como dice San Ambrosio, santo es el que no tiene mancha: *Vere sanctus quia immaculatus*. Y ¿cómo no, siendo él hijo de la Virgen sin mancilla, y el Verbo engendrado del Padre *entre los esplendores de los san-*

¹ Io. 1, 9.² Io. 9, 5.³ Io. 8, 46.

tos¹? De él se dijo con propiedad que sería santificado para el Señor: *Sanctum Domino vocabitur*²; y el ángel anunció á María que, lo que nacería de ella, sería santo, como verdadero Hijo de Dios³. Fuente de santidad, no hay perfección moral, no hay grado de virtud que no emane de Jesús. Por su imitación se ha santificado el mundo corrompido; por la participación de su vida y de su gracia ha llegado el débil mortal hasta las cumbres de la santidad heroica. Mirad esas falanges de santos de todas condiciones: apóstoles y mártires, confesores y vírgenes, sacerdotes y laicos, hombres, mujeres y niños, reyes y plebeyos... todos ellos aprendieron en la escuela de Jesús. Las virtudes que practicaron, cada cual en su estado, no son más que pálidos reflejos de la santidad del divino Maestro, del que dijo: *Aprended de mí...*⁴ Ahora bien, decidme, amados fieles: ¿Quién sino Dios puede santificar al hombre nacido en el seno de la corrupción moral? ¿Quién, dice el Santo Job, *podrá purificar al hombre nacido de inmundo germen?*⁵ Y lo más admirable, cristianos, es que la raíz de toda santidad consiste en creer que Cristo Jesús es Dios; y su consumación, en amarle y adorarle como á tal. Luego no puede ser impostura ni alucinación la divinidad de Aquél que, creído y adorado como Dios, nos santifica, porque jamás una impostura pudo ser causa y origen de santificación.

12. Vengamos á la gracia, atributo que, tomado en toda su amplitud y perfección, conviene exclusivamente á Jesús Hijo de Dios. De él se dijo por la voz del Real Profeta: *Diffusa est gratia in labiis tuis*⁶; y: *Spe-*

¹ Ps. 109, 3.² Luc. 2, 23.³ Luc. 1, 35.⁴ Matth. 11, 29.⁵ Job 14, 4.⁶ Ps. 44, 3.

ciosus forma præ filiis hominum, porque la gracia y hermosura de Jesús no es, ni puede ser, la gracia que corresponde al hombre solamente. No es el hechizo infantil, reflejo de la inocencia del ángel en delicada forma humana, por más que la gracia se derrame en rededor de la cuna del Niño-Dios de Belén: no es tampoco la belleza del niño de doce años que cautiva los corazones de cuantos se agolpan á escucharle en el templo de Jerusalén: no es siquiera la hermosura perfecta y varonil del joven Maestro y taumaturgo que arrastra en pos de sí las muchedumbres, menos por el prestigio de su palabra y la virtud de sus prodigios, que por la magia de su persona, tipo de la absoluta perfección del ser humano. Es todo eso, y mucho más. Es algo indefinible, misterioso, que la humana inteligencia no acierta á explicar, si no viene á declarárselo la fe, diciéndole que aquello es más que humano, que es el resplandor de la divinidad que brota de la persona del Verbo, oculta en las humildes formas de la humanidad. Si tal no fuera, no se comprendería el poder avasallador que Jesús ejerció siempre sobre las almas, y especialmente sobre las almas nobles, puras y elevadas. Jesús — ¿quién lo duda? — es el ideal de la belleza, porque nada puede concebirse más perfecto que él, ni más encantador. Por eso presta al arte inspiración, brío á la elocuencia, vuelo á la poesía, éxtasis á la oración, entusiasmo á todo corazón que siente con fuerza el amor de lo bello y lo sublime. Pero ¿no es éste atributo de Dios? Un puro hombre no puede elevarse hasta las regiones de lo ideal. La gracia de Jesús es la que enciende esas hogueras de amor divino más abrasador que todos los amores terrenos, más fuerte que todos los martirios. Por Jesús amado con delirio se sacrifica la virgen en

el claustro, el hombre en el desierto, el apóstol en la arena abrasadora, el anacoreta en el bosque impenetrable, Javier en las playas de la China, Claver en Cartagena, y el Padre Damián en las leproserías.

13. Finalmente la gloria de que se ve rodeada la persona de Jesús demuestra claramente su divinidad. Esa gloria no creáis que sea únicamente objeto de la visión beatífica de los bienaventurados, tal como la vislumbraron San Pablo y San Juan. Los Apóstoles mismos contemplaron sobre la tierra la gloria de su Maestro, pues dice el Evangelista: *Vidimus gloriam eius*¹; y añade que era la gloria del Unigénito salido del Padre. La gloria del Mesías se dejó admirar desde el Pesebre hasta el Calvario. *Los cielos dan cuenta de la gloria de Dios*, dice el Profeta²; y los ángeles, cielos animados, entonaron el himno eucarístico del *Gloria in excelsis* sobre la cuna del recién nacido Rey de los judíos. Hubo un momento solemne en la vida terrestre de Jesús en que brilló con todo el lleno posible de su gloria: fué el de la transfiguración en el Tabor. Allí, dice San León Magno, descubre el Señor su gloria á testigos escogidos; y para esto derrama tanta luz sobre aquella forma humana semejante á la de los demás, que su rostro brilla con los fulgores del sol, y sus vestidos deslumbran con la blancura de las nieves³. Entonces fué cuando aquellos venturosos discípulos, creyéndose fuera de este mundo, y ya trasladados á la mansión del goce eterno, exclamaron en el colmo de la felicidad: ¡Bien estamos aquí!⁴ Mas ¿quién osará bosquejar la gloria de la resurrección del Hombre-Dios? ¿quién, la de su as-

¹ Io. 1, 14.² Ps. 18, 2.³ S. Leon., Serm. de Transfig. ⁴ Luc. 9, 33.

censión á los cielos por propia virtud? y ¿aquella con que volverá un día, según el anuncio de los ángeles, á juzgar á todos los hombres cuando la consumación de los siglos? Pero fuera de esto ¿no puede con verdad decirse de Jesús, que *llenos están los cielos y la tierra de la majestad de su gloria*¹? En efecto, la gloria del nombre de Jesús llena los ámbitos de la tierra. *Su obra*, el cristianismo, *está lleno de la gloria del Señor*². Si hay gloria en este mundo, es la de Jesucristo. Á ella ceden, de grado ó por fuerza, todas las glorias humanas. Y es porque conocer á Jesús, amarle é imitarle es la más alta gloria á que el hombre aquí puede aspirar. ¿Será, pues, Jesús menos que Dios? ¡Oh! decir tal fuera no sólo blasfemia, sino insulto al sentido común y á la razón. Y el hombre que de tal grandeza apareciera revestido que pudiera equivocarse con Dios, sin serlo en realidad, no sólo sería un impostor inverosímil, sino una creación absolutamente imposible. Concluyamos con San Pablo: *No ha cometido Jesús una rapiña sacrílega, afirmando ser igual á Dios, porque lo es realmente, porque posee la naturaleza divina*³. Y, si aparece á los ojos humanos como uno de nosotros, es porque *se ha anonado á sí mismo, tomando la naturaleza de hombre, la forma de esclavo*⁴.

14. ¡Compañía de Jesús! gloriáte de este nombre glorioso y adorable. Sí, gloriáte; pero sé, como hasta aquí, siempre digna de llevarlo en tu frente, en tu bandera. Llévalo á los pueblos salvajes, para que conozcan á Jesús, Dios Salvador: llévalo á los pueblos cultos, para que reconozcan á Jesús, Dios civilizador y glori-

¹ Is. 6, 3.² Eccli. 42, 16.³ Phil. 2, 6.⁴ Ibid.

ficador. Llévelo en el corazón de tus hijos, para que vayamos todos á contemplar su gloria en el *Reino de Dios* y de su *Cristo*¹. Así sea.

SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA

(predicado en la parroquia de Egipto, Bogotá, 1886).

La revelación de la Nueva Alianza por Jesucristo.

Ecce testem populis dedi eum, ducem ac præceptorem gentibus.

Yo te he dado por testigo á todos los pueblos, jefe y preceptor de todas las naciones.

Is. 55, 4.

1. Día es éste, amados fieles, lleno de gratos sentimientos para el alma cristiana; día que completa los sagrados regocijos del Nacimiento del Señor, y que la Iglesia católica solemniza con extraordinario aparato de magnificencia litúrgica. Y ¿por qué todo esto, sino por estar este día lleno y cuajado de misterios, á cual más profundos y gloriosos? Hoy vemos á los grandes de la tierra, grandes por el brillo de la corona, y más aún por el esplendor de la ciencia y de la piedad, venir á postrarse ante el humilde pesebre de Belén, para adorar en él con devotísima reverencia y humilde actitud al recién nacido Rey de los judíos, nuestro Redentor Jesucristo: hoy contemplamos las dichosas primicias de la gentilidad atraídas por misteriosa estrella al conocimiento del verdadero Dios en la humildad del Verbo Encarnado: hoy admiramos la *Epifanía*, esto es, la manifestación de la gloria del Salvador del mundo hecha,

¹ Eph. 5, 5.

en la persona de tres santos reyes del oriente, á todas las naciones de la tierra: hoy reconocemos, como dice el Papa San León Magno¹, en los Magos adoradores de Cristo los albores de nuestra fe y los principios de nuestra esperanza; pues fué por ellos como empezamos á tener parte en la herencia de la eternidad, y los arcanos de las Sagradas Escrituras que hablaban de Cristo, comenzaron á descubrirse á nuestra inteligencia, y la verdad, rechazada por la obcecación de los judíos, hubo de dilatar sus rayos por todas las naciones. Y ¿cómo no alegrarnos con tan felices sucesos de imperecedero recuerdo? Alegraos, dice el mismo Padre, alegraos en el Señor una vez y otra, porque el que nació de la Virgen, es hoy adorado del mundo. Y la gloria de María en esta adoración, la gloria de *Nuestra Señora de Egipto*, verdadera estrella de Jacob, cuyo rayo purísimo es Jesús², ¿no es un motivo especial de regocijo para sus devotos, para todos los verdaderos cristianos?

2. He aquí, pues, hermanos míos, el punto de vista desde el cual debemos considerar esta gran festividad de la Iglesia y del mundo para comprender toda su vasta significación. No se trata de una gracia particular otorgada á unos pocos hombres, sino de la gracia de la vocación cristiana concedida á todos los pueblos de la tierra; no, del descubrimiento de la Divinidad hecho á algunas inteligencias privilegiadas, sino de la manifestación del Salvador del mundo á todos los que quieran abrir los ojos y conocerle; trátase, para decirlo de una vez, de la revelación de la nueva y sempiterna alianza de Dios con el hombre, cuyo testigo y mediador es

¹ Serm. 2 de Epiph.

² Num. 24, 17.